



Eucaristía de apertura de curso en la Universidad de Salamanca

Año 2018. OCTAVO CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN

Primera lectura: Rom 8, 26-27. Leccionario. VIII, p. 84, n. 8;

Salmo 103. Lecc. VIII, p. 88, n. 4.

Evangelio: Jn 14, 15-17. Lecc. VIII, p. 97, n. 9.

El marco de libertad religiosa, en el que felizmente discurre el quehacer académico en nuestra Universidad, nos permite dar comienzo a un nuevo curso con esta misa del Espíritu Santo, en una ocasión tan significativa como es el Octavo Centenario de la fundación del Estudio General de Salamanca.

Hoy invocamos al Espíritu Santo para lo que Jesús nos lo prometió y nos lo ha enviado: para que esté siempre con nosotros como Espíritu de la verdad (Jn 14, 15-17), que nos lo enseñe todo y nos recuerde todo lo que Jesús nos ha enseñado (Jn 14, 26); es decir, para que, a través de la Palabra de Jesús, nos guíe al conocimiento de la verdad completa sobre Dios y sobre el hombre (Jn 16, 13).

Orar así es orar como nos conviene, en medio de nuestra debilidad para conocer la verdad y ponerla por obra. Y esta oración brota de nuestros corazones como un gemido inefable del Espíritu, que habita en ellos, y pone en sintonía nuestra súplica con el deseo del Espíritu. Esta es la oración de los hijos de Dios; el clamor “*Abba*”, Padre, que hace brotar el Espíritu de su Hijo enviado a nuestros corazones (cf. Gal 4, 6).

El Espíritu de la verdad es el Espíritu de Jesús resucitado, que a sí mismo se ha definido como la luz del mundo, la verdad y la vida; y es a la vez el Espíritu del Padre, hacia el cual Cristo es Camino, y con el cual Cristo constituye una unidad de ser, de vida y de acción.

Jesús resucitado nos infunde su Espíritu como regalo pascual, para llevarnos al conocimiento del Padre y hacernos hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina; para infundirnos su amor y hacernos capaces de vivir en este mundo como él vivió, y de realizar las mismas obras que él hizo; para ser sus testigos.

Esta comprensión de nuestra existencia desde Cristo, que vive en cada uno de nosotros (cf. Gal 2, 20), es la verdad sobre nuestra vida que el mundo no puede conocer,



porque no ha conocido a Dios como Padre, ni ha reconocido a Jesús como su Hijo. Nosotros sí hemos reconocido nuestra verdad en el misterio de Dios, porque el Espíritu de la Verdad, que mora en nosotros, nos la ha hecho sentir y nos mueve a confesarla con inmenso gozo: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (1 Jn 3, 1).

El Espíritu Santo es la fuerza que Jesús nos envía de lo alto para ser sus testigos (cf. Hch 1, 8) y continuar su obra de anuncio del Evangelio, es decir, para ser **testigos del misterio de Dios y del misterio del hombre**, es decir, testigos del amor de Dios y de la verdad del hombre.

Iniciar un curso académico con una misa del Espíritu Santo es una confesión de fe en el Espíritu como constituyente de nuestra propia identidad personal, en cuanto hijos de Dios. Nuestra verdad personal más profunda es que estamos habitados por el Espíritu de Dios, que nos configura con su Hijo Jesucristo, la perfecta imagen visible del Dios invisible. El Espíritu que hemos recibido en el bautismo nos guía de forma constante, desde la alegre experiencia personal de la vida cristiana, a conocer la verdad completa del misterio de Dios y del misterio de cada hombre.

La alegría de conocer y hacer vida esta verdad os mantiene firmes en la esperanza y el compromiso académico de ser para los alumnos auténticos pedagogos, que los guíais y acompañáis en su camino de acercamiento personal a su verdad integral.

La conciencia de lo que somos nos llama a vivir dejándonos llevar por el Espíritu de Dios, libres de la clausura autosuficiente en la propia autonomía personal y trascendiendo el horizonte de la mera temporalidad y finitud de nuestra existencia marcada por la muerte. Creemos en la vida, y la anhelamos plena y para siempre. Estas convicciones sustentan nuestro compromiso moral y dan aliento y esperanza a nuestros afanes.

Y de estas convicciones estamos llamados a dar razón, en primer lugar para nosotros mismos y luego para los demás. Porque creemos con fe viva e inteligente; y nos gozamos en la sabiduría del Evangelio de Cristo, en quien reconocemos la expresión armónica y unitaria de la naturaleza humana penetrada del Espíritu de Dios. Creemos y comprendemos. Creemos para entender y buscamos la más profunda comprensión de nuestra verdad para creer con mayor seguridad. Nuestra fe y nuestra razón caminan juntas, están reconciliadas y en paz.

La Iglesia y cada uno de sus hijos hemos reconocido que el misterio pascual de Jesús esclarece el misterio del hombre y que en Jesucristo ha revelado Dios el hombre a cada hombre (GS 22). Con la fuerza del Espíritu hemos sido enviados al mundo como portadores de la luz de Jesús, a la vez que como sal y levadura para su conservación y transformación. Por ello, entre los diversos servicios que la Iglesia ha de ofrecer a la



humanidad, en un camino compartido de búsqueda y diálogo, está **la diaconía de la verdad**. Y la Universidad es cauce privilegiado para este servicio compartido.

Pero, ¿cómo llevar a cabo esta misión en el mundo, que no nos conoce (cf. 1 Jn 3, 1), y del cual Jesús mismo afirma que no es el espacio de su Reino de la verdad? (cf. Jn 18,36). ¿Cuál es, pues, el fruto que la verdad anunciada y vivida por Jesús puede dar en este mundo? ¿Es una verdad meramente testimonial y tan hermosa como inútil? ¿Cómo acoger la provocadora afirmación de Jesús: Yo soy la verdad?

De hecho, uno de los problemas más graves que nuestra cultura nos plantea es la extendida **ceguera de la razón y la insensibilidad del corazón a toda dimensión de la realidad no directamente perceptible por los sentidos**. En consecuencia, la cultura dominante parece interesada en mostrar que la humanidad actual no siente necesidad de una Iglesia que camine con ella y la acompañe en sus búsquedas y tareas. Pero la Iglesia no puede dejar de sentirse motivada a acercarse e iniciar un diálogo sobre el misterio de la existencia humana y los caminos que conducen a la fraternidad real a la justicia y a la paz.

Cuando la Iglesia exhorta a sus hijos a dar testimonio de la fe en Cristo y a comprometerse en la instauración de su reino de la verdad en este mundo, está invitándonos a ser para el mundo servidores de la verdad del hombre. En nuestro caso, en el respeto a la pluralidad y al legítimo ejercicio del derecho a la libertad de cátedra en la Universidad, estamos llamados a ser buscadores y servidores de la verdad del hombre, acreditando con el testimonio de la vida y con el esfuerzo de la razón iluminada por la fe, la racionalidad de la verdad del hombre, revelada en Jesucristo. **La verdad más decisiva es Jesucristo y cada persona auténtica, cuya vida es luminosa para los demás**. En este sentido estamos todos en el mundo, y en la Universidad, **para ser verdad**; y los cristianos en particular, **para ser verdad que refleja la luz de Cristo**.

La misión de ser verdad nos sitúa de lleno ante el problema de la responsabilidad moral y del perdón. A este propósito escribió hace tiempo el Cardenal Ratzinger: “La dimensión moral comienza de nuevo poco a poco a estar en boga. Se reconoce, e incluso resulta evidente, que todo progreso técnico es discutible y últimamente destructivo si no lleva paralelo un crecimiento moral. Se reconoce que no hay reforma del hombre y de la humanidad sin una renovación moral. Pero la invocación de la moralidad se queda al fin sin nervio, puesto que los criterios se ocultan en una densa niebla de discusiones. En efecto, el hombre no puede soportar la pura y simple moral, no puede vivir de ella; se convierte para él en una ley que provoca el deseo de contradecirla y genera el pecado. Por eso donde el perdón, el verdadero perdón lleno de eficacia, no es reconocido y no se cree en él, hay que tratar la moral de tal modo que las condiciones de pecar no pueden nunca verificarse para el individuo. A grandes rasgos puede decirse que la actual discusión moral tiende a librar a los hombres de la culpa, haciendo que no se den nunca las condiciones de su posibilidad... no existe ninguna culpa... Naturalmente, esta manera de librar al mundo de la culpa es demasiado barata. Dentro de ellos, los hombres así liberados saben muy bien que todo



Carlos López Hernández

eso no es cierto, que el pecado existe, que ellos mismos son pecadores y que debe existir una manera efectiva de superar el pecado... La moral conserva su seriedad solamente si existe perdón; un perdón real, eficaz.” (J. Ratzinger, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*. Madrid, San Pablo, 2005, pp. 137-140).

La misión de ser verdad nos sitúa en el camino de la verdadera alegría, para nosotros y para los demás. **El Papa Francisco ha promulgado una reciente constitución con el título *Veritatis Gaudium*. Con ella ha querido situar los estudios eclesiológicos en la línea de la misión evangelizadora de la Iglesia marcada por la alegría del anuncio de la verdad, con renovado entusiasmo, a los hombres y mujeres de todos los pueblos y de todas las culturas. Con la guía del Espíritu nos alienta a discernir, a través del diálogo y la colaboración confiada y solidaria, los signos de los tiempos y de las diferentes expresiones culturales.**

Estas orientaciones abren un luminoso y extenso marco de acción para las Universidades de la Iglesia y para su colaboración con otras Universidades, centros de investigación e instituciones culturales de distinto ideario; y pueden incentivar el diálogo y la colaboración académica entre nuestras dos Universidades salmantinas, nacidas del mismo seno cultural, que el transcurso de los siglos ha diferenciado y hasta separado en exceso.

Los grandes desafíos de nuestro tiempo son una llamada a la colaboración interdisciplinaria de ambas instituciones en el servicio a la verdad del hombre. Tareas concretas pueden ser, entre otras: buscar un humanismo nuevo que permita al hombre moderno hallarse a sí mismo; vivir y orientar la globalización en términos de relación, comunión y participación; ensanchar la razón para hacerla capaz de conocer y orientar las dinámicas que atormentan a la familia humana; cambiar el modelo de desarrollo global y redefinir el progreso; animar una revolución cultural orientada al cuidado de la naturaleza, a la defensa de los pobres y a la construcción de redes de respeto y fraternidad.

Esta colaboración en el ámbito de la **dimensión social de la evangelización** sería la necesaria proyección actual de la más gloriosa aportación de la única Universidad de Salamanca en el siglo XVI a la defensa de los derechos del hombre.

En nuestros días, este urgente servicio a la verdad del hombre puede ser atractivo, eficaz y gozoso, alentado por el amor transformador del Espíritu Santo, que en esta Eucaristía invocamos.